UN MARTIRIO, HIJO MÍO

Maritxu, Danae

Capítulo 1

3 meses de “vida”, 16 semanas, 112 días, 2.688 horas, 161.280 minutos, 9.676.800 segundos dentro de mi vientre. Dentro de mi útero, alimentándote de mi sangre, recibiendo mi oxígeno, formándote más cada segundo, adquiriendo en cada día un poco más de forma humana. Me enteré desde el cuarto día de atraso que algo había ocurrido, que algo en mí era distinto. Tenía ganas de vomitar, me mareaba al caminar, no había sido el completo de la calle; eras tú distorsionando mis hormonas para darte un espacio en tu lugar. Mi ilusión fue inmensa cuando fuimos por ese trozo de plástico alargado a la farmacia, oriné sobre el, esperé 5 min y ahí estaban: Dos líneas rojas. No podía parar de sonreír, te esperaba tanto, cuántos años intentando. Y ahí estabas, aún células, aún nada, pero para mí, **ya eras todo**. Te conversaba cada noche, para que me conocieras mi voz y supieras quién sería tu madre y tu hogar en los próximos 9 meses. Me detenía en las tiendas de bebé sólo para imaginarte vestido de las pequeñas ropas más hermosas. Buscaba videos en internet de las etapas del embarazo, de qué hacer, qué no hacer, qué comer, qué beber. Asistí a mi médico regularmente, le pregunté cada detalle, cada duda. Ibas bien, íbamos bien... hasta ayer.

Desperté de mi siesta diaria y un calor invadió mi cuerpo y cabeza desde el corazón hasta mis poros. No paraba de sudar, me costaba respirar, y supe que algo estaba mal. Corrimos al hospital. Enfermera, auxiliares, matronas, médicos. **Nadie emitía palabras.** Movimientos de un lado al otro. Batas blancas, trajes rojos, azules claros, azules oscuros. Mis ojos cada vez más cerrados, quise dormir, pero no me lo permití bajo esa incertidumbre. *Mi bebé, mi bebé, díganme que está bien.* **Nada.** *Un pinchazito señora. Ya viene el Doctor. Llevémosla al 3ero. ¡Vamos vamos! ¡Un aborto al tercero!* Me congelé. **Un aborto.** Para mí esos sólo ocurrían a las que no querían hijos, a las pobres que se metían un palillo de apio por no poder criarlos, por no poder amarlos. Para mí esos no les ocurrían a las madres que lo intentamos tanto, que en sueños los pensábamos en nuestros brazos, que con cautela caminábamos para no dañarlos. No ocurrían a las que los querían. *Por qué, por qué, por qué.* ***Díganme algo.*** De un lado al otro en la camilla, golpes de mi nuca con el respaldo, un ascensor, varios pisos, corredores, puertas, y pasillos de infinita oscuridad. Sala con mujeres, con madres, madres de sus bebés mamando por primera vez. Recién nacidos. **Vivos**. Una pequeña esperanza me invadió. *Esa podría ser yo*. Pero desgarradoramente, la realidad me decía que no. En una esquina me dejaron, mientras nuevas caras me evaluaron. Una cosa me inyectaron. Y después, esperamos. Ríos de mis ojos caían hasta la delgada almohada que mi cabeza sostenía. A penas sentía el aire, mi corazón exaltado latía en cada parte de mi cuerpo, y mi vientre contraído: Dolía, dolía, dolía. Se apretaba por la desesperación, se alborotaba para no dejarte ir, para aguantar un poco más, para no soltarte al vacío para siempre. Vino otro retorcijón, y otro, y

otro más fuerte, y otro peor mientras apretaba mis dientes casi hasta romperse. Comencé a sentir algo entre mis piernas, no sabía lo que era. Le dije a una chica que me viera. Levantó las sábanas: Su expresión facial fue crucial. Se marchó. Luego volvió. Y me dicen entre dos, que ya salió. Hablan entre ellos, **yo no escucho nada.** Algo me preguntan. Sólo siento murmullos. Me mira la chica otra vez, y me dice *"¿Lo quiere ver?".* Acepté. Y tomé entre mis brazos a mi hijo de 15 cm. Era completamente rojo, como transparente, con partes humanas, cabeza, brazos diminutos, piernas, columna, dedos, nariz. No se movía, no respiraba, no era aún, humano. Seguí deshidratándome en lágrimas, continué dejándolas caer, mientras de mi vagina sangre no paraba de correr. Nos despedimos, hijo mío. A tu padre no pudiste conocer. Pero lo que es yo, jamás te olvidaré. Respiré, pensando que a su fin había llegado tal agonía. Veía borroso por mis lagos de lágrimas. Mi piel erizada sentía traspasar las sábanas. Mis muslos empapados de sangre espesa. Otro pinchazo, mis párpados se cerraban. Sentí algo frío entre mis piernas, luego otra cosa más larga, luces aparecieron, y el sonido de una cucharilla raspando una cáscara de melón me envolvió mientras me dijeron, *"Ya señora, terminamos".* Y para mí sólo era el comienzo de una vida de pesadillas.

Martixu, Danae